

UNA «MEMORIA PRESTADA»
DE JOSÉ DE LA COLINA.
ANTONIO MACHADO Y SU GABÁN

PABLO MUÑOZ COVARRUBIAS

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalpa

Sólo recuerdo la emoción de las cosas,
y se me olvida todo lo demás;
muchas son las lagunas de mi memoria.

Antonio Machado

Me pregunté si esos relatos se ajustarían a la realidad de los hechos o si, de forma acaso inevitable, estarían barnizados por esta pátina de medias verdades y embustes que prestigia siempre un episodio remoto y para sus protagonistas quizás legendario, de manera que lo que acaso me contarían que ocurrió no sería lo que en verdad ocurrió y ni siquiera lo que recordaban que ocurrió, sino sólo lo que recordaban haber contado otras veces.

Javier Cercas, *Soldados de Salamina*

I. INTRODUCCIÓN

SI BIEN EL TÉRMINO puede generar muchas confusiones, hay un acuerdo generalizado entre los especialistas en llamar Segunda Generación del Exilio, o bien, escritores hispanomexicanos, al grupo de autores que arribaron durante su infancia o adolescencia a México como consecuencia de la Guerra Civil en España. También se les conoce como los Nепantla por haber estado «a la mitad del camino». Es un grupo de artistas que coincide con la Generación del Medio Siglo y que se distingue no solo por los asuntos particulares que desarrollaron en sus textos, sino también por los aprendizajes y por las experiencias compartidas que plasman en sus obras. Desde los años ochenta, su poesía ha sido antologada en diversas ocasiones y varios de ellos alcanzaron un amplio reconocimiento literario en el país y a veces también en el extranjero¹; sus textos narrativos no han llamado, sin embargo, toda la atención que merecen por parte de la crítica literaria, ni tampoco sus crónicas, sus autobiografías y sus ensayos. Es interesante el hecho de que hayan compartido muchas experiencias similares y que hayan manifestado, además, en sus libros las divergencias y las convergencias que estrechamente los vinculan. De todo esto, nos dan constancia los libros autobiográficos que redactaron (Carlos Blanco Aguinaga, Federico Patán, Enrique de Rivas, Angelina Muñiz-Huberman, etc.), los cuales declaran las formas en que vivieron o han vivido el exilio o el transtierro en tierras mexicanas. Para algunos, es el aspecto en que centran casi todo su quehacer literario; otros van a rechazar esa posición al considerar que no valdría la pena, como lo escribió Tomás Segovia [2021], «apoltronarse» en el

¹ Se considera a la de la revista *Peña Labra* en 1980 como la primera selección antológica del grupo. Posteriormente, aparecieron las antologías editadas por Susana Rivera [1990], Bernard Sicot [2003] y Enrique López Aguilar [2012]. Más recientemente José-Ramón López García [2020] en una antología de poemas del destierro incluye una selección en que reúne textos de los poetas hispanomexicanos; es relevante por que los reintegra dentro del panorama poético español.

exilio; considérese la actitud de un poeta tan singular y extraño como lo fue Gerardo Deniz, tan reacio a aprovechar el tema y a entregarse a las lamentaciones personales. Muchas páginas, por cierto, se han dedicado a revisar las formas en que los hispanomexicanos intentaron reconciliarse con sus circunstancias: ¿eran mexicanos o eran más bien españoles?, ¿perteneían a una cultura o a otra o a ambas?, ¿cómo eran percibidos por los de aquí y los de allá? Se ha hablado de mestizaje o de una condición fronteriza (Luis Rius)²; y otras respuestas más o menos ingeniosas se han vertido para intentar definir sus singulares circunstancias. De diversas formas, y quizás con la frustración de las respuestas incompletas y poco convincentes, intentaron conseguir, eso sí, un lugar en el mundo que fuera completamente suyo: no era un problema tan solo literario o filosófico, sino un dilema más bien vital o si se quiere existencial, y que tuvo consecuencias eminentemente prácticas. La poeta Nuria Parés observó con admirable inteligencia la situación que vivieron o que padecieron en unos versos muchas veces citados:

Vivimos de prestado: no vivimos.
Fuimos menos que el sueño
de una generación, la fronteriza
de todos los anhelos.
Sé que no hemos vivido [1987: 69].

Precisamente, es mi intención hablar de aquello que estos escritores no vivieron y que sin embargo adquirieron como herencia: los recuerdos de una etapa fundamental en la historia de su país –si es que España fue realmente el país de ellos– y que marcó sus existencias sin que lo hayan propiciado ni querido ni mucho menos buscado: la

² Luis Rius: «Somos, pues, seres fronterizos como los lagartos y como los poetas, al decir de León Felipe. Definitivamente, no podemos renunciar a la españolidad y a la mexicanidad que a un mismo tiempo, por derecho, poseemos» [2011: 310].

Guerra Civil española. Se trata, sin duda, de un episodio bélico que vuelve palpable la división de un país entero de la manera más tangible y cruel posible: por medio del destierro de cientos de miles de hombres y de mujeres que se dispersaron por países y por continentes, por no hablar de los encarcelados y de los asesinados por el régimen franquista. Es sabido que muchos españoles llegaron a México y que lo hicieron con la fe puesta en que muy pronto regresarían a casa. Conocidísima es la imagen de la maleta preparada junto a la puerta lista para emprender el viaje. Sin embargo, el regreso no solamente no llegaría pronto, sino que se fue demorando más y más, tanto así que algunos de los refugiados se quedaron sin la oportunidad de ver otra vez su país. Gracias a la literatura escrita por los autores exiliados podemos imaginar cómo fue aquella durísima etapa. Después de la estancia, en muchos de los casos, en los duros campos de concentración franceses y argelinos, arribaron a un país del que sabían muy poco y que se convirtió, para usar la expresión empleada por Max Aub, en una *sala de espera*. Clásicas son las imágenes aubianas, sin duda, de *La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco* [1960] en su recreación de los espacios de convivencia social a lo largo de tan dilatada espera:

Los refugiados, que llenan el café de la mañana a la noche, sin otro quehacer visible, atruenan: palmadas violentas para llamar al «camarero», psts, oigas estentóreos, protestas, gritos desaforados, inacabables discusiones en alta voz, reniegos, palabras inimaginables públicamente para oídos vernáculos» [2014: 26].

En ese café recreado por Aub, los contertulios se dedicaron a hablar recio y a reconstruir los episodios de la guerra, a repartir las culpas y las glorias, a ejercer una dialéctica en que se entremezclaron los recuerdos con estratégicos olvidos. Simón Otaola en su novela *El cortejo* de 1963 también reinventó ese ambiente de muy difícil diálogo:

En el café se juntan todos. Buenos y malos. Simpáticos y sus contrarios. Prácticos y soñadores. Todos, eso sí, armando barullo en la tertulia del café. Sanos y de los otros, los vencidos: pero gritones. Con sus puntos de vista estrepitosos o con sus terribles toses añadiendo volumen sonoro a la peña, al peñasco celtiberión. Sólo los pájaros mueren en silencio [1963: 104].

Necesariamente, los más jóvenes tuvieron que escuchar en esos cafés y en sus hogares las discusiones y las pláticas en torno la Guerra Civil y sus protagonistas. Si no vivieron con conciencia plena los hechos políticos, militares y sociales, por lo menos coleccionaron una serie de imágenes, pasajes y memorias en ocasiones prestadas con que entender su estancia en un país que era y no era el suyo. Angelina Muñiz-Huberman observó que «los comienzos de la generación hispanomexicana son de índole nostálgica. Se nutrió de los recuerdos y las memorias de los padres y los profesores. Todos ellos fueron excelentes escuchas que recogían con fervor las historias que oían de sus mayores» [1999: 158]. Es difícil justipreciar la enorme importancia que por aquellos años tuvo el relato oral como parte central de las memorias colectivas; por ello, en la dimensión que antes se indicó, es tan valioso el cuento de Max Aub: nos permite *escuchar* esas voces en su ambiente; y lo mismo puede decirse, por ejemplo, de las reconstrucciones de esas atmósferas que encontramos en *La librería de Arana* o en *El cortejo* de Otaola. Afortunadamente, no ha sido del todo ignorada ni olvidada la relevancia que tuvieron esas narraciones orales. Por ejemplo, escribió lo siguiente Federico Patán acerca de la conformación de su *memoria prestada* para explicar la escritura de algunos de sus textos narrativos:

[...] llegué a México carente de memorias personales. Pero asimismo llegué a México rodeado de otras memorias personales, ya mencionadas páginas atrás: aquellas de mis padres, aquellas de mi hermana Sonia tras su regreso de la Unión Soviética, aquellas de mi abuela y tía materna, cuando dejaron su exilio en Francia para unírseos en México. Y sí, lo acepto, son memorias prestadas en cuanto manejan lo español; pero también es de aceptar que las memorias son personales en cuanto manejan lo mejicano [2011: 115].

Es importante observar lo que se indica en la cita: la diferencia entre memorias personales, y por tanto intransferibles, y aquellas otras que son el resultado de la intensa convivencia con los miembros de una comunidad específica, en este caso, la formada por los exiliados. La pregunta que necesariamente tendríamos que hacernos es en dónde termina lo estrictamente personal y dónde inicia lo comunitario si es que hay en verdad una frontera. Patán concibe lo de los otros como suyo; y sin duda puede aceptarse ese canje de recuerdos y esa apropiación si es que se considera un concepto útil e iluminador: me refiero aquí al de la memoria colectiva. Entre los precursores de este término, se encuentra el pensador francés Maurice Halbwachs (1877-1945). En un estudio clásico, el autor demuestra que la memoria individual puede existir en comunión y en convivencia con las memorias ajenas, de tal forma que ningún recuerdo se genera y permanece sin guardar vínculos con los de los demás, sin crear puentes para transitar por ellos. Para que nosotros podamos reconstruir nuestros recuerdos, estos deben compartir imágenes, datos y referencias con lo que otros han atesorado memorísticamente. Puede entonces decirse que se va construyendo una relación entre lo nuestro y lo que es poseído por los demás. En las palabras de Halbwachs:

Por lo demás, si la memoria colectiva obtiene su fuerza y duración al apoyarse en un conjunto de hombres, son los individuos los que la recuerdan, como miembros del grupo. De este amasijo de recuerdos comunes, que se basan unos en otros, no todos tendrán la misma intensidad en cada uno de ellos. Cabe decir que cada memoria individual es un punto de vista sobre la memoria colectiva, que este punto de vista cambia según el lugar que ocupa en ella, y que este mismo punto de vista cambia según el lugar que ocupó en ella y que este mismo lugar cambia según las relaciones que mantengo con otros entornos. Por lo tanto, no resulta sorprendente que no todos saquen el mismo partido del instrumento común. Sin embargo, cuando tratamos de explicar esta diversidad, volvemos siempre a una combinación de influencias que son todas de tipo social [2004: 50]³.

³ Con estas palabras, Halbwachs explicó la forma en que los elementos de la his-

Es muy relevante lo que se establece en este pasaje: los recuerdos no se albergan con la misma intensidad en todos los individuos, y esto permite entonces que cada persona se diferencie gracias a las peculiaridades de sus memorias y sus experiencias. Esta noción sirve para explicar y releer el pasaje que antes se plasmó de Patán, aquel en que indicó la posesión de las *memorias prestadas* de sus mayores que le sirvieron para entender algo tan importante como lo fue y lo sigue siendo su estancia en México. He deseado entonces subrayar la idea de que hay *préstamos* que devienen en conocimientos o en imágenes significativas para las personas y que pueden incluso modelar y luego condicionar una visión del mundo⁴.

Las siguientes páginas las quiero dedicar, precisamente, a unas *memorias prestadas* que recibió el cuentista y ensayista hispanomexicano José de la Colina. Como se verá en el análisis, se trata de un recuerdo redondo, humanísimo e importante acerca de una de las figuras principales de la cultura de la República: el poeta Antonio Machado (es una *memoria*

toria se convierten en una parte central de los recuerdos personales, aun cuando el individuo no haya participado ni admirado los eventos históricos: «Durante el curso de mi vida, el grupo nacional del que formaba parte fue el teatro de determinados hechos de los que digo acordarme, pero los conocí por los periódicos o los testimonios de quienes estuvieron directamente implicados en ellos. Ocupan un lugar en la memoria de la nación. Pero no asistí a ellos en persona. Cuando los evoco, he de remitirme totalmente a la memoria de los demás, que no viene a completar o reforzar la mía, sino que es la fuente única de lo que deseo repetir. Muchas veces no los conozco ni mejor ni de un modo distinto que los hechos antiguos, que se produjeron antes de que yo naciese. Llevo conmigo un bagaje de recuerdos históricos, que puede aumentar conversando o leyendo. Pero se trata de una memoria que he copiado y no es la mía» [2004: 54].

⁴ Halbwachs ha explicado así la relación entre lo propio y lo ajeno: «Así pues, habría distinguir dos memorias, que podemos denominar, por ejemplo, una memoria interior o interna y otra exterior, o bien una memoria personal y otra memoria social. Podríamos decir aún con más precisión: memoria autobiográfica y memoria histórica. La primera se apoyaría en la segunda, ya que al fin y al cabo la historia de nuestra vida forma parte de la historia en general. Pero la segunda sería, naturalmente, mucho más amplia que la primera. Por otra parte, nos representaría el pasado de forma resumida y esquemática, mientras que la memoria de nuestra vida nos ofrecería una representación mucho más continua y densa» [2004: 55].

ejemplar al decir de Tzvetan Todorov [2000]. Sin embargo, se trata de un acontecimiento que posiblemente no ocurrió pero que por su belleza y por su humanidad debió de haber transcurrido; de ahí u ejemplaridad. Es la historia acerca del gabán (o del capote) del autor de *Campos de Castilla* en las jornadas del destierro en su doble vertiente: abandono de España y abandono de la vida. Pero antes de proseguir con todo esto, es necesario conocer, según lo compartió Francisco González Aramburu a Eduardo Mateo Gambarte, la enorme relevancia que tuvieron los poetas en el imaginario infantil de los hispanomexicanos: «Los héroes de la emigración para los niños eran poetas: Machado, Lorca, etc. Nos educaron como lectores de poesía» [1996: 126]. Podemos imaginar la presencia de la poesía en las casas de los exiliados, especialmente los volúmenes con los versos de los poetas cuyas vidas se convirtieron en inmejorables símbolos de la resistencia republicana⁵. Carlos Blanco Aguinaga [2007] en uno de sus libros de memorias (*Por el mundo*) recuerda que en la oficina del director del Instituto Luis Vives —uno de los colegios especialmente creados para la instrucción de los niños y jóvenes exiliados— además de tener la bandera republicana como signo de la filiación política e ideológica, también colgaba un cuadro de don Antonio Machado.

⁵ Federico Patán escribió un ensayo acerca de su visita a Collioure como parte de un homenaje en memoria del poeta. En dicho texto, rememoró su encuentro inicial con Machado y con los eventos pretendidamente acaecidos en aquella villa gracias a un libro de la biblioteca familiar: «Yendo hacia Collioure iba seguro de mi propósito: cerrar mi participación en el congreso conociendo por fin la tumba de Antonio Machado. Lo hice. Sin embargo, tiempo atrás no desconocía la existencia de esa ciudad pero sí de la tumba. Porque Collioure despertó mi curiosidad en la colonia de los Doctores, donde vivía por allá de 1947. Puedo precisar el año porque en la calle doctor Erazo me enteré de la muerte de Manolete, ocurrida por entonces. En algún momento descubrí en el dormitorio de mis padres un libro de edición muy humilde, con pastas de cartoncillo y un dibujo sencillo (¿o simple?) en la portada. Se llamaba, ¿estaré recordando mal?, *Los de Collioure*. El título nada me decía. El dibujo sencillo de la portada, mucho: alguien torturaba a alguien. A este alguien, aquel alguien le había introducido un embudo en la boca y lo obligaba a hincharse de agua. Esto vale la pena de leerse, me habré dicho, que parece una buena novela de aventuras. Pero el libro desapareció y desde entonces me pregunto si no habrá sido víctima de una fantasmagoría» [2015: 1173].

La decoración de ese espacio con aquel retrato es un dato altamente significativo: si en aquellas instituciones educativas se dedicaron con enorme denuedo a transmitir los valores españoles, liberales y republicanos a sus pupilos, la imagen del poeta era junto con la bandera tricolor de la República el símbolo más alto de su misión pedagógica o formativa. Por supuesto, la mitificación del poeta se convierte en uno de los vehículos para lograr el programa del instituto, para transformar a aquellos niños en los españoles del mañana⁶. Incluso, tal y como lo recordó Tomás Segovia [2018] en 1980, a los jóvenes de la época les era encomendado memorizar las composiciones de los llamados poetas de la República, entre otras, las del autor de *Campos de Castilla*⁷. Fue sin duda Antonio Machado, como nos lo recuerda Manuel Aznar Soler [2015: 63], uno de los infaltables «santos laicos» del exilio junto con Federico García Lorca y Miguel Hernández. O como lo sugirió León Felipe, era parte del «santoral poético y trágico español» [1978: 55]. Esto explica su abundante e infaltable presencia.

II. LA MEMORIA PRESTADA

José de la Colina (1934-2019) se distinguió desde joven por la escritura de muy originales cuentos (su primer libro es de 1955); a lo

⁶ Como lo observó la investigadora Julia Tuñón en su amplio estudio acerca de la institución: «El Vives era un colegio, sí, con planes de estudio, con alumnos reprobados y aprobados, con necesidades profanas y con todo lo común en esos casos, pero era también un lugar que pretendía cubrir esas intenciones trascendentales: crear vida de la muerte, de la derrota, mantener vigentes los ideales perdidos, escapar del olvido cristalizando la cultura y preparar a su gente para el renacimiento a la vuelta a España» [2014: 23].

⁷ «Como este [texto de Antonio Machado], yo aprendía en la escuela y en la casa otros poemas de poetas vivos entonces, algunos incluso jóvenes entonces (Alberti, por ejemplo), y como yo los aprendían muchos otros niños españoles de esa época. De esa corta época: era la época de la República. Y los niños de la República se aprendían a los poetas de la República. La poesía, oíamos repetir, se hacía popular; o más bien volvía a serlo; o todavía más bien, nos decía el consenso, sólo en España» [2018: 466].

largo de su trayectoria literaria, dominó como pocos el género cuentístico dentro del ambiente literario mexicano e hispanoamericano. En algunas de sus narraciones, el autor rescató pasajes y personajes de los sucesos históricos que centralmente definieron a los hispano-mexicanos: la Guerra Civil y el exilio⁸. Pero hay otro ámbito en que también se dedica a la recuperación de esas historias; me refiero a los ensayos que publicó, algunos de los cuales fueron reunidos en su libro *Zigzag* del año 2005. La última parte de «Aquellos refugiados, aquellos cafés» es la que deseo aquí analizar como un interesante testimonio de la memoria colectiva. Bajo este título, aparece pues un grupo de pequeños ensayos autónomos en que se recuperan imágenes, si se quiere, casi costumbristas de la época del destierro. La última sección es la que atenderemos en este trabajo. En ella, aparece el recuerdo apócrifo acerca de Antonio Machado, la memoria prestada:

III. UN CAPOTE PARA EL POETA

Con el paso de los años, el anecdotario del exilio republicano español producido o comentado en el archipiélago de los cafés del exilio se fue haciendo torrencial, repetitivo. Una mañana de domingo ya por los años cincuenta en que acompañé a mi padre a una tertulia en el café Madrid, que acaso estaba en la calle de Victoria, escuché a un exiliado, que según parece trabajaba de redactor de programas de radio para una compañía de publicidad comercial, relatar la siguiente pequeña historia que le habría ocurrido en los días de febrero de 1939 en que una gran cantidad de hombres del derrotado ejército

⁸ Entre otros cuentos: «Los viejos», «El tercero», «Marca “La Ferrolesa”», «La princesa del café de chinos», «Los otros compañeros», «La madre de Floreal», «El toro en cristalería». Acerca de los cuentos de José de la Colina ubicados en los años de la guerra y el exilio, puede leerse el artículo de Carlos Álvarez Ramiro [1999]. El investigador incluso analiza cuentos provenientes del primer libro de cuentos del autor: *Cuentos para vencer a la muerte* [1955].

republicano español cruzaban la frontera para refugiarse en Francia, donde los esperaban los campos de concentración:

«Pues, nada, que cruzamos la frontera y pisamos el suelo francés, donde hubo que entregar las armas a las tropas franchutas y, caminando y caminando con aquel hambre que nos rugía en las tripas y con qué frío que pelaba, llegamos a un pueblo, y allí, en la pequeña pala, ¿a quién os podéis imaginar vosotros que vimos?, ¿no adivináis?, pues nada más y nada menos que a don Antonio Machado, el mismísimo don Antonio, a mi juicio el más grande poeta español, sí, don Antonio mismo que como sabéis hasta el final estuvo con nosotros, con la República, y que muy pocos días después moriría en Collioure, y, pues nada, allí en medio de tanta gente desamparada, estaba este gran hombre, un viejecito, junto a su madre naturalmente más viejecita que él, los dos sentados en una banca, temblando de frío y supongo también de hambre, y entonces nos acercamos a él, le hablamos cariñosamente, le dijimos cuánto lo admirábamos, y uno de nosotros le dio algo para comer, creo que una barra de chocolate, y yo me quité el capote militar, que era lo que me quedaba de haber sido oficial de la República Española (y a mucha honra, qué coño), y se lo di al gran poeta, que me apretó las manos y dijo tales cosas de agradecimiento que, vamos, todavía me salen los colores a la cara sólo de recordarlo...»

Muchos años después, carteándome con mi padre vuelto a Santander, le recordé aquel relato del tertuliano del café Madrid, y cuánto me había impresionado entonces esa estampa de un poeta de quien yo sabía y aún me sé de memoria muchos poemas. Y mi padre me respondió a vuelta de correo:

«Muy impresionante lo de Machado que recuerdas, pero si hubiera que creer a tantos refugiados que en los cafés de México contaban que le habían dado un abrigo a Machado, o un capote, o una bufanda, me temo que el bueno de don Antonio habría muerto allí mismo, aplastado por una enorme montaña de esas prendas [...] Debo decirte que no sé cuántas veces les habré oído yo esa historia, y me imagino que algunos, de tanto contarla, a lo mejor se la creían ya con toda buena fe. Si vas a escribir, como me cuentas, una historia de nuestro exilio, procura separar el grano de la paja, y no te fíes de la imaginación de ciertos personajes. Algunos conozco que parecerían creer que habíamos ganado la guerra, y que eso había sido gracias a ellos» [2004: 36].

La cita es larga, pero resultaría imposible realizar el comentario y el análisis del texto indicado sin la lectura de todas sus secciones que

vamos a identificar y clasificar de la siguiente manera: 1. una visión y una revisión general acerca de los procesos de la memoria colectiva tras la Guerra Civil; 2. la recreación de las palabras del refugiado que supuestamente regaló su capote a Antonio Machado; 3. la intervención, otra vez, de José de la Colina con el propósito de presentar la supuesta carta de su padre en que se va a aclarar, muchos años después, la aparente falsedad del relato; y la presunta transcripción de la epístola paterna. Es importante recalcar que en el texto se menciona un «capote militar»; y si una prenda sirvió al poeta, como ya lo veremos, para protegerse del frío en los crueles días de la huida fue un gabán según los testimonios de sus familiares, amigos y biógrafos. Muchas páginas se han escrito en torno a los últimos días del poeta en Francia; obligadamente, tendremos que acudir aquí a ellas para intentar averiguar si existe algún registro acerca de la anécdota compartida por José de la Colina. Con el propósito de revisar de forma integral el texto, seguiremos entonces el esquema tripartito que planteamos.

1. Es indispensable distinguir la conciencia desde la que escribe el autor José de la Colina, es decir, con el conocimiento de esos procesos de la memoria colectiva que sirvieron para configurar lo que él llama el «anecdotario del exilio», un anecdotario «torrencial, repetitivo». En lugar de preferir la historia oficial y oficiosa, se destacan las anécdotas que ilustran de forma inmejorable los sucesos del periodo, anécdotas que fluyen torrencialmente y que tienen por forzosa necesidad que repetirse, que pertenecen a la *intrahistoria* del periodo. ¿Por qué y para qué se repiten? Acaso, claro está, por su gran interés, pero también porque es la única manera para comprender y superar el pasado traumático y compartido, y para construir una memoria en que los distintos miembros del grupo por fin se puedan identificar, reunirse y acogerse: los mayores tienen que hablar con los menores y transmitirles el contenido de los pasajes ejemplares de su experien-

cia. Puede intuirse, sin embargo, que al repetir los relatos estos se irán modificando; van tomando vida propia más allá de los hechos: los detalles nutren la narración y traicionan los eventos supuestamente acontecidos. Hay un sitio específico en que ocurre la transmisión de las muchas historias del exilio: en los cafés frecuentados por los españoles, espacios de la época y de grandes charlas entre los refugiados y los mexicanos como antes se ha visto en sendos textos de Aub y Otaola. Entonces ocurre el relato oral «en el archipiélago de los cafés del exilio», tal y como se apunta. La memoria del ensayista puede fallar, pero recobra algunos datos inobjetables en que nosotros confiaremos (fue en el Café Madrid) y cavila frente a otras informaciones (acaso pasó esto en la calle de Victoria). Al personaje se le describe desde lo impreciso; así es, curiosamente, más verosímil su descripción si pensamos en todos los años que transcurrieron (la transmisión original del relato sucede en los cincuenta). Según leemos, el informante trabajó como redactor publicitario en una estación de radio. Ha pasado mucho tiempo desde que el niño José de la Colina escuchó de sus labios todo aquello y por tanto lo más lógico es que cuando escriba la anécdota confunda u olvide ciertos aspectos. Escribir lo que entonces escuchó es una manera de fijar y de controlar lo que acaso ha nacido, por principio de cuentas, con una muy trabajada espontaneidad: las palabras del personaje ¿real o ficticio? que buscó cruzar, junto con los demás republicanos, y al lado del poeta Machado, la frontera entre España y Francia. No podemos, por cierto, desechar la noción de que la *anécdota* presentada pertenezca en realidad, sin más, al mundo de la ficción. Si bien se inserta este texto en una serie de ensayos autobiográficos, la literatura autoriza ese posible engaño o artificio: que escriba el autor algo que nunca sucedió y que tampoco le contaron. O bien, que se recuperen algunos rasgos, detalles y características con que usualmente se comunicaban las historias de los cafés, pero que el contenido haya sido, como lo sugerimos antes, producto libre de la imaginación de quien lo escri-

be. Finalmente, conviene destacar la presencia del papá del escritor en el párrafo inicial, pues su posterior intervención otorga una perspectiva muy distinta y reveladora frente a lo que se recuerda. Como ocurre en muchos textos cuentísticos, es un cabo suelto que después sirve para resignificar lo contado. De hecho, deberíamos destacar la gran cercanía del texto con ese género literario.

2. José de la Colina reproduce el relato con elementos que delinean verbalmente al personaje como inconfundiblemente español. El inicio no puede ser más castizo: «Pues nada...» Es llamativo, además, que a las tropas francesas se les tilde como *franchutas*. En la reconstrucción de las palabras ajenas, incluso se incluye una expresión más bien vulgar, pero sin duda característica («¡qué coño!»), lo cual abona también a la configuración de un discurso, por decirlo de alguna manera, típico o vernáculo. Es importante recordar que una de las mayores dificultades que enfrentaron los hispanomexicanos radicó en el uso del lenguaje: ¿era pues el suyo un español peninsular o mexicano? Por ello, por esa inestabilidad, adquirieron una envidiable conciencia de los registros, el vocabulario, de la prosodia, tal y como se verifica en el texto aquí analizado; es frecuente hallar en diversos textos de José de la Colina —en sus ensayos, crónicas y cuentos— la recreación de los modismos característicos de los españoles en contraposición con los de los mexicanos⁹. La oralidad es pues patente en este breve discurso; también es notable la consideración de un público a quien se le cuenta la historia, entre quienes habría estado el jovencísimo y futuro escritor: «[...] caminando y caminando con aquel hambre que nos rugía en las tripas y con qué frío que pelaba, llegamos a un pueblo, y allí, en la pequeña pala, ¿a quién os podéis imaginar vosotros que vimos?, ¿no adivináis?, pues nada más y nada me-

⁹ Para constatar la habilidad que José de la Colina tuvo para reproducir los dialectos peninsulares y mexicanos, puede leerse, entre otros cuentos suyos, «El toro en la cristalería» [2004: 279-291].

nos que a don Antonio Machado [...]» El informante, a pesar de no ser un intelectual ni tampoco un especialista en cuestiones literarias ni en las materias humanísticas, sí tiene la claridad de que aquel hombre era alguien muy especial –«a mi juicio el más grande poeta español» –; y no solo eso: un escritor que decidió guardar fidelidad al proyecto republicano hasta el último instante, todo lo cual sirve para remarcar la calidad extraordinaria del encuentro y, por tanto, de lo que se narra. Para explicarlo con otros términos: es un episodio que necesita ser transmitido, que imposiblemente puede ser consignado en los territorios de la indiferencia, del olvido o del silencio; se tiene que convertir en memoria colectiva del exilio y de sus participantes.

Si revisamos los diversos testimonios acerca de los días finales de Antonio Machado, por ejemplo, el sentido ensayo escrito por el filósofo catalán Joaquín Xirau («Por una senda clara»), quien compartió con el poeta el viaje a través de España y Francia, vamos a encontrar algunos datos esenciales y casi siempre repetidos en otros recuentos acerca del calvario que sufrió el poeta junto con su madre, quien también muere en el pueblecillo de Colliure un poco después que nuestro escritor. La historia de los últimos días de Machado se repitió en un sinnúmero de ocasiones en la prensa así como también en los estudios acerca de su figura, de tal modo que ha sido construida y reconstruida hasta el cansancio, con las variantes y detalles agregados que bien pueden suponerse. No en el ensayo de Xirau, ni tampoco en el volumen escrito por José Machado (*Últimas soledades del poeta Antonio Machado*), fiel hermano del autor, encontraremos noticia alguna acerca de la anécdota del gabán ofrendado por un soldado. Sin embargo, sí hallaremos en sendos textos algunos actos generosos que nos sirven para conocer las consideraciones que los jóvenes y los soldados le guardaron; por ejemplo, esto que apuntó Xirau: «Con frecuencia venían del frente espléndidos jóvenes a ofrecer un presente al poeta –pan, tabaco, un cordero de la intendencia militar» [1996: 43]. O bien, considérese la ocasión en que durante la huida un sol-

dad reconoció al poeta y convenció a sus compañeros para que se solidarizaran con él y sus acompañantes. Así lo narró José Machado:

Proseguimos el viaje. En otra parada forzosa, subió un miliciano que al enterarse que en aquel coche iba Antonio Machado, le tendió su generosa mano, al par que decía dirigiéndose a los demás: «Perdonen ustedes, pero lo más grande que va aquí –dijo señalándole– es este señor». Todos sonrieron –quien más quien menos– ante tan ruda franqueza. Pero no contento con expresarse en estos términos, llamó a sus compañeros milicianos que estaban ya reacios de dar gasolina que hacía falta para continuar el viaje, y los convenció en el acto de que yendo en el coche don Antonio Machado, no se podía negar nada.

Así fue como ya en los confines de la tierra española salió al camino este miliciano, que con ruda cordialidad se despidió de él oprimiendo su mano como para imprimir en ella, de manera indeleble, el amor del pueblo español.

Eran así los milicianos de fuertes y polvorientas manos quemadas por el sol y por la pólvora, los que con videncia del corazón, se acercaban a decirle adiós [1999: 137].

Pueden verse en la anterior cita por lo menos un par de los elementos que se hallan también en la formulación del relato escrita por José de la Colina: la entrega dadivosa de un regalo (no un gabán, sino la gasolina) y el saludo: las manos estrechadas; además del cariño de un soldado o miliciano que reconoce al poeta.

En el relato recreado por José de la Colina naturalmente se presenta al escritor con hambre y frío, datos que se ajustan con los hechos históricos indisputables (la salida hacia Francia ocurrió en los más duros días del invierno de 1939). Es en estas circunstancias en que se presenta el noble gesto del que antes tuvimos noticia según lo describe el hispanomexicano:

[...] y entonces nos acercamos a él, le hablamos cariñosamente, le dijimos cuánto lo admirábamos, y uno de nosotros le dio algo para comer, creo que una barra de chocolate, y yo me quité el capote militar, que era lo que me quedaba de haber sido oficial de la República Española (y a mucha honra, qué coño), y se lo di al gran poeta, que me apretó las manos y dijo tales

cosas de agradecimiento que, vamos, todavía me salen los colores a la cara sólo de recordarlo...

El filósofo observó que en la frontera con Francia las vestimentas de los viajeros se mojaron por completo por culpa de las lluvias; en este contexto muy útil habría sido el regalo de un gabán o de un capote para el poeta. Recuérdese, además, la imagen de los caminos fronterizos en que los baúles y las maletas quedaron desperdigados por aquí y por allá con las demás pertenencias de los migrantes. En el relato de Xirau no faltan pasajes, por otro lado, que hoy pueden parecernos acaso demasiado literarios, como cuando narra el momento en que han cruzado la frontera y están a punto de dirigirse a sus refugios: «Las horas pasaban lentas. En la excitación del momento una de las personas que nos acompañaban dijo: “Después de todo en nuestra desgracia hay una cierta liberación. Ahora seremos nuevamente libres de escoger nuestro camino”. Don Antonio contestó: “Lo que importa no es comenzar un camino sino seguirlo y continuarlo”» [1996: 54]. Destaco este elemento porque, según me lo parece, Xirau lleva a cabo la crónica de aquellos momentos con los apuntes concretos de lo que les fue pasando, pero no sin la pátina literaria que exige la trágica peripecia. Si por una parte tuvo que anotar lo más concreto, lo más doloroso y lo más desagradable —el hambre, el cansancio, la permanente inseguridad, la falta de ropajes secos, los terribles refugios para pasar la noche, los bombardeos y los amenazantes aviones—, por el otro debía incluirse en el recuento la dimensión más sublime o literaria de lo vivido. En carta a José Bergamín, Machado describió como «condiciones impeorables» [cit. por Aznar Soler, 2015: 244] aquellas con que cruzaron, por fin, la frontera pirenaica.

Para entender aún más por qué la donación de una prenda de vestir parece lógica más allá del clima que padecieron los viajeros, hay que recordar algunos detalles de la biografía del poeta y de su descuidada

imagen personal. Me refiero concretamente a su vínculo con la ropa. Al hablar acerca de su amigo, Miguel de Unamuno lo describió con estos términos que realzaron su humildad y que se han repetido en innumerables ocasiones: «el hombre más descuidado de cuerpo y más limpio de alma» [cit. por Alonso, 2013: 83]. Por su parte, Machado en *Campos de Castilla* se encargó de presentarse con estos términos: «Ni un seductor Mañara ni un Bradomín he sido / –ya conocéis mi torpe aliño indumentario–» [2001: 150]. Ese *torpe aliño* es parte casi obligada de la caracterización del poeta Antonio Machado en el imaginario colectivo español y universal. En la misma composición, incluso se presenta absolutamente desprendido de todo vestuario a la hora de la muerte en la estrofa del cierre: «Y cuando llegue el día del último viaje / y esté a partir la nave que nunca ha de tornar, / me encontraréis a bordo ligero de equipaje, / casi desnudo, como los hijos de la mar» [2001: 151]¹⁰. La profecía se cumplió. No es mi propósito ahondar en este punto más de lo necesario, pero la austeridad en la vestimenta es uno de los sellos de los alumnos y profesores de la Institución Libre de Enseñanza. Poca o nula, es posible imaginarlo, debió ser la atención que el poeta solía poner en su forma de vestirse. Ahora bien, en los testimonios de los últimos días y años del escritor hay algunas observaciones acerca de su gabán. Por un testimonio de Matea Monedero, esposa de José Machado, sabemos que durante la estancia del poeta en tierras levantinas se encargaron de conseguirle una prenda que, por desgracia, poco lo calentó:

¹⁰ Acerca de la imagen mitificada del poeta, y acerca del humilde componente indumentario de la misma, se quejó Tomás Segovia, lo cual le hizo señalar críticamente a un Machado «que exalta la propia modestia sin notar hasta qué punto esa idea misma es contradictoria; que declara que “nunca persiguió la gloria” y a la vez ha dejado más autorretratos poéticos que ningún otro poeta de su país, incluyendo hasta su indumentaria (“Ya conocéis mi torpe aliño indumentario”); efectivamente, en España es más conocido que el de Sofía Loren), y no sólo es el único poeta español que se ha atrevido a perpetuar su manera de vestir, sino que se atreve incluso admirablemente, a chantajear a la historia, diciéndole de antemano la imagen que ha de conservar de él: el poeta “en el buen sentido de la palabra, bueno”» [2018: 480].

Como Antonio iba a veces a Valencia y tenía el abrigo muy malo, un día me acompañó José y con el viejo compramos uno nuevo. Cuando se lo enseñamos para que se lo probara, Antonio se enfadó: «¿Por qué habéis gastado ese dinero en comprar una cosa tan innecesaria? ¡Si tenía el otro nuevo...!» Lo llamaba «la venganza catalana», porque decía que era de esa tela que pesaba mucho, pero abrigaba poco [cit. por Aznar Soler, 2015: 256].

Es muy probable que haya portado este gabán en su tránsito hacia Francia; sin embargo, aparece sin abrigo en una de las pocas fotografías del viaje¹¹. Por su parte, José Machado incorporó en su libro sendos pasajes en que el gabán del poeta ha de servirle para recordar no solo el frío del cual tuvo que protegerse, sino para insistir en la condición de persona enferma de su hermano y en su encogimiento:

Cada día su gabán parecía mayor y él más pequeño. Entre el frío que le hacía encogerse, y su cuerpo que se consumía, no tanto bajo el peso de los años —entonces tenía sesenta— como por el agotamiento de sus energías físicas. Hay que tener en cuenta que era de los hermanos más altos de todos y que cuando joven tenía una gran figura [1999: 125].

En estos tristes días invernales, el poeta, no obstante estar cada vez más encogido en su gabán, escribía con la mano casi helada en sus últimos trabajos que llevaban más que nunca el calor desbordante de su corazón [1999: 133]¹².

¹¹ En el artículo en que Aznar Soler [2015] reconstruye los últimos días del poeta gracias a diversos testimonios hay una foto en que Machado posa sin gabán alguno; el texto que sirve para describir la imagen es de Enrique Rioja: «La fotografía fue tomada el 25 o 26 de enero de 1939 en Cerviá de Ter, en la provincia de Girona, en el alto que hizo una expedición de profesores y escritores organizada gracias a la atención cordial del doctor Puche» [222].

¹² Pascual Pla i Beltrán atestiguó algo similar: «En el amplio comedor se quedaba todas las noches ante su mesa de trabajo y, como de costumbre, rodeado de libros. Metido en su gabán, desafiaba el frío escribiendo hasta las primeras horas del amanecer, cuando abría el gran ventanal para ver la salida del sol o, en otras ocasiones, y a pesar de estar cada día menos ágil, subía a lo alto de la torre para verlo despertar allá lejos, sobre el horizonte del mar» [cit. por Alonso, 2013: 51]. A Luis de Capdevila debemos un testimonio parecido: «Don Antonio estaba desconocido, era ya irremisiblemente viejo. Tenía la faz chupada y barba de tres o cuatro días; usaba gafas y, tras los cristales de las gafas, la mirada, que es lo que da luz al rostro huma-

También nos queda la constancia, por los recuerdos del hermano, de que el poeta llevó un gabán puesto hasta el último momento de su vida, pues allí encontró, en uno de sus bolsillos, los últimos versos de su hermano, entre ellos, el famosísimo alejandrino «Estos días azules y este sol de la infancia»: «Algunos días después encontré en un bolsillo de su gabán, un pequeño y arrugado trozo de papel. En él había escrito tres anotaciones con un lápiz que me pidió antes de su muerte» [1999: 144]¹³. Todavía acerca de su pobreza indumentaria hay que recordar lo declarado por Jacques Baills, jefe de estación en Colliure y tan cercano a los Machado durante su breve estancia en aquel pueblo francés. De acuerdo con Baills, el poeta prácticamente nada llevaba cuando llegó a su destino último: perdió muchas de sus pertenencias y su equipaje. Era tan notoria su lastimosa situación que pronto la gente que lo trató buscó resolver el problema indumentario, esa carencia que incluso lo acompañó hasta la muerte según lo leemos en las palabras referidas de Baills:

Hace poco hablaba yo de que Antonio Machado había llegado «casi desnudo», y es cierto ya que, como le decía, se veía que era un hombre cuidadoso, pero la ropa que llevaba se había estropeado con el viaje. Por desgracia no tenía ropa de recambio, nos dimos cuenta cuando fue necesario separarse definitivamente de él: vimos entonces que no tenían absolutamente nada, ningún traje digno para el entierro. En ese aspecto, Monsieur y Madame Figueres los ayudaban mucho y Madame Quintana se desvivía preguntándole si necesitaban ropa u otra cosa. Todas esas atenciones les daban apuro,

no, era luz de crepúsculo cuando ya el crepúsculo va a convertirse en noche. Iba sin corbata y vestía un viejo gabán. Andaba lentamente, arrastrando los pies» [cit. por Alonso, 2013: 81]. Finalmente, Matea Monedero comentó a la investigadora Monique Alonso que cuando Machado se dispuso a abandonar el hogar que habitó en Barcelona (la Torre Castañer) hacia exilio el traje que entonces llevó también le quedaba *grandioso* [2013: 212].

¹³ La investigadora Fanny Rivero publicó en 2018 un artículo en que dibuja la filiación entre el famoso verso final de Antonio Machado («Estos días azules y este sol de la infancia») y una composición de León Felipe perteneciente a *Versos y oraciones de caminante* («pasé los días azules de mi infancia»).

sí les daban apuro, pero era imposible no percatarse de su extrema pobreza [cit. Aznar Soler, 2015: 249].

Si me he detenido en el recuento de los pasajes en que se habla acerca del equipaje, los ropajes y el deplorable aspecto físico del poeta, es porque todos estos datos pueden servirnos para contraponer lo propiamente histórico –y documentado por familiares, amigos y admiradores– con los referentes que alimentan la memoria colectiva, y para entender por qué forman parte del relato reconstruido por José de la Colina¹⁴. Es claro que aquellos viajeros que caminaron hacia Francia tenían mucha hambre –esto también se consigna en las memorias de los acompañantes; también se puede intuir que hayan sufrido un atroz frío. Los viajeros necesitaron ser arropados y alimentados. El soldado del relato de José de la Colina se representa entonces a sí mismo como alguien generoso, pero también como un hombre que detecta la grandeza de ese individuo entre los demás refugiados. Incluso en momentos de enorme incertidumbre es posible todavía la generosidad y la simpatía. Cuando se ha perdido prácticamente todo lo que materialmente se posee, aun entonces puede el individuo desprenderse de algo más y recibir el reconocimiento patente de la persona beneficiada.

3. Después de las palabras referidas del soldado o del informante, el ensayista retoma la voz de la narración e indica el paso del tiempo desde aquel encuentro en el café en la Ciudad de México. Para entonces, los refugiados dejaron de serlo; o, más bien, con las nuevas condiciones políticas se ampliaron las posibilidades para ellos y para sus familias: podían seguir viviendo en México o

¹⁴ Nada se dice pues acerca de la donación del gabán en la útil recopilación elaborada por Manuel Aznar Soler en 2015 («Antonio Machado en 1939: testimonios de su viaje desde la Barcelona Republicana hasta su exilio y muerte en Collioure»). Tampoco ningún dato acerca de este punto aparece en la reciente biografía de Ian Gibson del 2019: *Los últimos caminos de Antonio Machado: de Collioure a Sevilla*.

retornar libremente al país que los expulsó, un país que a partir de 1975 inició el camino hacia la famosa transición democrática. Para muchos de los españoles e hispanomexicanos que residían en México, esta circunstancia no hizo sino reforzar la extrañeza frente a los hechos que marcaron sus vidas: ahora serían unos exiliados del exilio, perdieron así uno de los rasgos que centralmente los ubicaron frente a la existencia. Es en este contexto en que, según leemos en el breve ensayo de José de la Colina, por medio de una carta se revive la escena oída de los lejanos años cincuenta; para el escritor se trató de una experiencia que lo impresionó mucho por tratarse de un poeta admirado de quien, según lo comparte, conocía de memoria muchos poemas (antes hemos recordado, según lo escribió Tomás Segovia, la práctica común entre los niños del exilio consistente en memorizar poemas sobre todo de autores con gran peso simbólico). Desde Santander, desde el regreso a España, el padre del autor responde con las palabras que ya conocemos y que nos es necesario volver a leer en esta instancia:

Muy impresionante lo de Machado que recuerdas, pero si hubiera que creer a tantos refugiados que en los cafés de México contaban que le habían dado un abrigo a Machado, o un capote, o una bufanda, me temo que el bueno de don Antonio habría muerto allí mismo, aplastado por una enorme montaña de esas prendas [...] Debo decirte que no sé cuántas veces les habré oído yo esa historia, y me imagino que algunos, de tanto contarla, a lo mejor se la creían ya con toda buena fe. Si vas a escribir, como me cuentas, una historia de nuestro exilio, procura separar el grano de la paja, y no te fíes de la imaginación de ciertos personajes. Algunos conozco que parecerían creer que habíamos ganado la guerra, y que eso había sido gracias a ellos [2005: 36].

La inserción de la carta paterna nos devuelve a un punto que previamente contemplamos, pero que aquí se tiene que destacar otra vez: ¿es este un texto escrito en realidad por el papá de José de la Colina o redactado por el escritor hispanomexicano? Más allá de

esta duda, es clara la función que tiene dentro del ensayo el fragmento de la epístola: modificar el estatuto histórico de lo antes relatado. Es importante indicar que el padre no avisó a su hijo antes acerca del engaño –pudo hacerlo durante su adolescencia; o bien, años antes del regreso a España. Ese silencio, ese ocultamiento de la verdad, ¿a qué se debió? Quizás desengañar al hijo habría supuesto contrariar los mecanismos de la memoria colectiva, tan importantes para encarar el exilio y resignificarlo por medio de las anécdotas que se comparten una y mil veces. Así como hay un número casi infinito de astillas de la cruz de Cristo en el mercado de las reliquias cristianas, lo mismo puede decirse, según parece, acerca de los abrigos solo en teoría donados al poeta Antonio Machado. Leemos en la cita, además, que los personajes que contaron y volvieron a contar esta historia quizás no lo hicieron con una mala intención, sino con el convencimiento absoluto de haber vivido algo que en realidad ellos no vivieron. Nuevamente, detectamos lo que advirtió Halbwachs en sus investigaciones: los procedimientos por medio de los cuales los recuerdos se mezclan y se entremezclan hasta construir la memoria de una comunidad. Se cierra lacónicamente el texto con una sensata advertencia paterna: si su hijo va a investigar los asuntos del exilio, tendrá que «separar el grano de la paja», pues es muy peligroso dejarse llevar por la «imaginación de ciertos personajes». *Esos personajes* ison los miembros del grupo al que ellos también pertenecen! Las confusiones entre lo que se dice, se cree, se relata y se vuelve a relatar es tan grande que no pocos han vivido con la convicción firme de haber ganado una guerra que perdieron. Si se buscan testimonios verídicos, convendrá evitar ciertos espacios para las investigaciones, en especial los cafés, esos sitios en que, según lo escribió Gerardo Deniz, «se gestaban mitos, cuentos tártaros poco de fiar» [2016: 386].

IV. CONCLUSIONES

En las páginas anteriores planteamos el análisis de un breve ensayo de José de la Colina que contiene innegables elementos narrativos. El comentario nos permitió revisar centralmente dos aspectos. Por una parte, los mecanismos de la memoria colectiva dentro del ambiente del exilio español en México. Y, por otro lado, el lugar que el poeta Antonio Machado como figura legendaria ocupó no solo entre los viejos o maduros, sino también entre los más jóvenes. Acerca del primer punto, es indispensable remarcar que los años que los refugiados pasaron en México se convirtieron en una temporalidad que se amuebló con los recuerdos de lo que vivieron en España, en especial, con las imágenes y los pasajes de la Guerra Civil. Si bien eran reiteradas las discusiones entre los participantes de la guerra, también las palabras de los sobrevivientes alcanzaron a los niños y a los adolescentes: a los hijos de ese exilio que se pensó temporal y acabó siendo, en muchos de los casos, definitivo. Es el café, sin duda, el sitio ideal para escuchar y para ser escuchado; allí se transmiten los relatos heroicos y patéticos del periodo. Allí un pretendido excombatiente vuelve a contar el cuento mil veces contado acerca del capote que supuestamente regaló al creador del *Juan de Mairena*, un relato que se intuye falso, pero no por ello es menos ejemplar, significativo y hermoso. Este ejercicio narrativo y oral sirve no tan solo para entretener o para asombrar a los oyentes, sino para establecer lo que van a incorporar en el imaginario de la migración. Como lo indicó Halbwachs, «la conciencia individual no es más que un lugar de paso de estas corrientes, el punto de encuentro de los tiempos colectivos» [2004: 127]. Lo propio y lo ajeno se entremezclan con tal fuerza que es imposible determinar las fronteras entre los recuerdos y las temporalidades. La historia de Machado y su gabán pertenece a esos relatos que se mantienen vivos y que nunca dejan de modificarse. Al decir de José de la Colina en un texto narrativo de su autoría, «La

madre de Floreal», son «[...] hechos comprobados o verosímiles, relatos repetidos y enriquecidos cada vez» [2004: 276]. Como se dijo antes, el acto de narrar tiene aquí varios sentidos y funciones; falta decir todavía que esta anécdota sirve para delinear una conducta que revela que incluso en los peores momentos –los de la derrota no solo de una guerra sino de todo un proyecto democrático, modernizador y popular– es posible aún el gesto humano y generoso. Si los republicanos perdieron sus casas, la cercanía de familiares y amigos, la posibilidad de decidir el futuro de España y de los españoles, mantienen por lo menos los valores que fundamentan su lucha. Esto los ennoblece.

Para finalizar, hay que decir que el texto de José de la Colina se inscribe marginalmente en el alud de homenajes, poemas, ensayos y demás textos y actos que se llevaron a cabo para destacar o recordar la figura humana y literaria de Machado. Tan pronto acabó la guerra hubo una abierta disputa por la herencia literaria del poeta, tal y como ocurrió también con la de Miguel de Unamuno: fueron reclamados por los republicanos y también por el bando franquista; esto se vuelve notable, por ejemplo, en las ediciones de las obras, en los prólogos de estas, en las configuraciones simbólicas de los autores; y en la amplia influencia machadiana y en las largas discusiones que se suscitan en los dos lados del océano¹⁵. Puede anticiparse que con el

¹⁵ Acerca de los vaivenes en la recepción y consideración de la obra y de la figura de Machado en la España franquista y del exilio, puede consultarse el muy documentado artículo publicado por Javier Muñoz Soro y Hugo García Fernández [2010].

Por su parte, José-Ramón López García [2015] se ha ocupado de la importancia de la poesía machadiana en el exilio republicano y del análisis crítico de las opiniones vertidas por los distintos grupos culturales y políticos; recuerda López García, por ejemplo, la denuncia de José Ángel Valente quien pidió acabar con los dos «apócrifos machadianos»: el falangista y el comunista. El mismo investigador hace una revisión del desarrollo de la poética machadiana en el contexto español a lo largo de las décadas y las tensiones que sus visiones propiciaron. Casi al final de su artículo, el autor recuerda la presencia machadiana en un poema de Nuria Parés («Al gran cero»), la influencia de la «heterogeneidad del ser» en los versos de Luis Rius y los

paso del tiempo, y por los procesos políticos, los escritores del periodo dejaron de ser personas y se convirtieron en mitos. Era motivo de honra que un poeta de la talla de Machado no solo hubiese apoyado a la República como lo hizo, sino también que muriera en aquellas terribles condiciones manifestando así su entera e inobjetable fidelidad¹⁶. Acerca de la muerte del escritor en Francia, Angelina Muñiz-Huberman observó lo siguiente: «[...] tal vez, fue el poeta, fue Machado, quien escogió la mejor solución: morir de inmediato en el exilio» [1999: 1157]. Por supuesto, él nada escogió: sencillamente, la muerte lo alcanzó en Colliure. Todavía en los últimos días de su vida pensó el poeta en la posibilidad de refugiarse en la Unión Soviética tal y como lo demuestra su correspondencia. Empero, el comentario de Muñiz-Huberman es muy significativo porque nos revela la fatalidad con que algunos vivieron o más bien padecieron el exilio. En contra de las concepciones imprecisas e idealizantes de la figura machadiana, Tomás Segovia presentó en 1980 una conferencia en el

vínculos de la poesía de Jomí García-Ascot con el existencialismo y su supuesta *objetivación* gracias al influjo de Machado.

Un reciente trabajo de James Valender [2020] se encarga de revisar particularmente la poesía que inspiró la figura de Machado; un asunto que este investigador recalca en las últimas páginas, y que es de interés para el presente ensayo, es la desmitificación que de la figura de Machado solicitaron Juan Ramón Jiménez y Jorge Guillén; Jiménez con un texto en respuesta a la edición preparada hacia 1940 por José Bergamín y la editorial Seneca; y Guillén, por su lado, con una composición poética cuyo título dice mucho: «Antonio Machado. El apócrifo».

¹⁶ Todavía en los años 70, Carlos Blanco Aguinaga sintió la necesidad de enmarcar con estas palabras la posición política del poeta y su supuesta y paulatina deriva hacia la izquierda más radical: «En suma, la evolución de Machado desde un pensamiento poético centrado en la subjetividad hacia la concepción de una posible “lítica comunista”, su análisis de la relación entre arte solipsista y burguesía protofascista a la defensiva, su avance desde una idea de la cultura vagamente folklorista hasta la nación casi gramsciana de cultura nacional-popular, su reconocimiento de la relación entre cultura y lucha de clases, son todos aspectos de la progresiva radicalización de su pensamiento desde un simple republicanism progresista hasta la izquierda del Frente Popular antifascista. En este sentido me parece innegable que la vida y la obra de Machado avanzaron al ritmo justo de la vida española y europea del siglo XX» [cit. por García Fernández y Muñoz Soro, 2010: 81].

Ateneo Español en México en que se dedicó a cuestionar las interpretaciones y las lecturas que se hicieron del poeta durante el largo destierro. Su intención entonces fue comentar los poemas acaso menos típicos del autor e insistir en que «Machado no se identificará nunca del todo con la institución machadiana, de la que no siempre es responsable. En estas condiciones, mi homenaje no puede consistir sino en intentar sacar un poco a Machado del culto a Machado» [2018: 464]. ¿Dónde ubicar entonces el pequeño y brillante ensayo firmado por José de la Colina? Me parece que hay en su texto una ejemplificación y una demolición simultánea de la memoria colectiva, además de que contribuye, al decir de Segovia, a expulsar al poeta de su culto. Si por una parte hallamos a Machado representado en su heroica tragedia, y si bien también se incluye al combatiente que reconoce en el poeta el valor auténtico de la tradición literaria española y republicana y por ello le cede su capote, la hermosa imagen no sobrevive el cotejo con el discurso histórico en su vertiente, claro está, más estricta o rigurosa. Llegó pues el momento de desbaratar lo que hasta entonces sobrevivió como un monumento sólido y sin resquebraaduras: los contenidos míticos atribuidos al gran poeta desde los territorios del exilio.

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, Monique y Antonio TELLO (colab.) (2013): *Antonio Machado, el largo peregrinar hacia el mar*, pról. Alfonso Guerra, Barcelona, Octaedro.
- ÁLVAREZ RAMIRO, Carlos (1999): «La guerra y el exilio en los cuentos de José de la Colina», *Exils et migrations ibériques au XXe siècle*, 6: 321-331. https://www.persee.fr/doc/emixx_1245-2300_1999_num_2_6_1021. [02-11-2021].
- AUB, Max (2014): *La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco*, ilustr. Antonio Santos, Granada, Cuadernos del Vigía.

- AZNAR SOLER, Manuel (2015): «Morir de exilio. Homenajes a la memoria de Antonio Machado por parte del exilio republicano en Francia (1940 y 1945)» en *Antonio Machado y el exilio republicano de 1939 en Francia*, eds. Monique Alonso y Manuel Aznar Soler (Sevilla, Renacimiento), 62-76.
- (2015): «Antonio Machado en 1939: testimonios de su viaje desde la Barcelona republicana hasta su exilio y muerte en Collioure», en *Antonio Machado y el exilio republicano de 1939 en Francia*, eds. Monique Alonso y Manuel Aznar Soler (Sevilla, Renacimiento), 214-267.
- BLANCO AGUINAGA, Carlos (2007): *Por el mundo: infancia, guerra y principio de un exilio afortunado*, Irún, Alberdania.
- COLINA, José de la (2005): *ZigZag*, México, Aldus.
- (2004): *Traer a cuento. Narrativa (1959-2003)*, México, FCE.
- DENIZ, Gerardo (2016): «Exilio y literatura», *De marras. Prosa reunida*, ed. e intr. Fernando Fernández, México, FCE, 376-386.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, Hugo y Javier MUÑOZ SORO (2010): «Poeta rescatao, poeta del pueblo, poeta de la reconciliación: la memoria política de Antonio Machado durante el franquismo y la transición», *Hispania. Revista Española de Historia*, 70: 137-162.
<https://hispania.revistas.csic.es/index.php/hispania/article/view/160> [02-11-2021].
- GIBSON, Ian (2019): *Los últimos caminos de Antonio Machado. De Collioure a Sevilla*, Espasa, Barcelona.
- HALBWACHS, Maurice (2004): *La memoria colectiva*, trad. Inés Sánchez Arroyo, pról. Jean Duvignaud, intr. J. Michel Alexandre, Zaragoza, Prensas Universitarias de la Universidad de Zaragoza.
- LEÓN FELIPE (1978): «Responso... a la poesía muerta», *Triunfo*, 816: 52-55.
- LÓPEZ AGUILAR, Enrique (ed.) (2012): *Los poetas hispanomexicanos. Estudio y antología*, México, UAM-Eón.
- LÓPEZ GARCÍA, José Ramón (2015): «Antonio Machado y la poesía del exilio republicano: un camino por andar», en *Antonio Machado y el exilio republicano de 1939 en Francia*, eds. Monique Alonso y Manuel Aznar Soler (Sevilla, Renacimiento), 110-118.
- LÓPEZ GARCÍA, José-Ramón (ed.) (2020): *Memoria del olvido. Poetas del exilio republicano español de 1939*, Madrid, Visor.
- MACHADO, Antonio (2001): *Poesías completas*, ed. Manuel Alvar, Madrid, Austral.
- MACHADO, José (1999): *Últimas soledades del poeta Antonio Machado. Recuerdos de su hermano José*, Madrid, Ediciones de la Torre.

- MATEO GAMBARTE, Eduardo (1996): *Los niños de la guerra. Literatura del exilio español en México*, Lleida, Pagés Editores-Universitat de Lleida.
- MUÑIZ-HUBERMAN, Angelina (1999): *El canto del peregrino. Hacia una poética del exilio*, Barcelona, GEXEL-UNAM.
- MUÑIZ-HUBERMAN, Angelina (2011): «Tema y variaciones sobre un exilio», en *El exilio republicano de 1939 y la segunda generación*, eds. Manuel Aznar Soler y José Ramón López García (GEXEL-Renacimiento, Sevilla), 1157-1165.
- OTAOLA, Simón (1999): *La Librería de Arana. Historia y fantasía*, pról. José de la Colina, Madrid, Ediciones del Imán.
- ___ (1963): *El cortejo*, México, Joaquín Mortiz.
- PARÉS, Nuria (1987): *Colofón de luz*, México, SEP-INBA-Pangea.
- PATÁN, Federico (2011): «Un cuento que se volvió novela» en *El exilio de 1939 y la segunda generación*, eds. Manuel Aznar Soler y José Ramón López García, (GEXEL-Renacimiento, Sevilla), 110-118.
- ___ (2011) «Un día en Collioure», en *El exilio de 1939 y la segunda generación*, eds. Manuel Aznar Soler y José Ramón López García (GEXEL-Renacimiento, Sevilla), 1169-1173.
- RIUS, Luis (2011): *Verso y prosa*, intrs. Arturo Souto, Arcelia Lara Covarrubias y Gonzalo Celorio, México, FCE.
- RIVERA, Susana (ed.) (1990): *Última voz del exilio. El grupo poético hispano-mexicano*, Madrid, Hiperión.
- RUBIO, Fanny (2018): «Misteriosa coincidencia de voces únicas. Antonio Machado y León Felipe, con apostilla juanramoniaca», *Barcarola*, 89: 219-221.
- SEGOVIA, Tomás (2021): «Respuestas del exilio», *Ensayos completos. Sextante, Cuaderno inoportuno y Páginas de ida y vuelta*, pról. José María Espinada, Ediciones Sin Nombre, México, III, 198-218.
- ___ (2018): «Machado desde otra orilla», en *Ensayos completos. Trillas de asuntos* (México, Ediciones sin Nombre), II, 460-483.
- SICOT, Bernard (ed.) (2003): *Ecos del exilio. 13 poetas hispanomexicanos. Antología*, A Coruña, Edicions do Castro.
- TODOROV, Tzvetan (2000): *Los abusos de la memoria*, trad. Miguel Salazar, Barcelona, Paidós.
- TUÑÓN, Julia (2014): *Educación y exilio español en México. El Instituto Luis Vives, 1939-2010*, México, INAH.
- VALENDER, James (2020): «Antonio Machado y los poetas del exilio español», *Sansueña*, 2: 83-94.
- XIRAU, Joaquín (1996): «Por una senda clara», en *Obra selecta*. intr. y ed. Ramón Xirau (México, El Colegio Nacional), I, 39-56.